

ROSSANA ROSSANDA EN ESPAÑA

El texto que sigue, traducido por Montserrat Galcerán Huguet, forma parte (páginas 232 a 236) del libro *La chica del siglo pasado (La ragazza del secolo scorso*, Turín, Einaudi, 2005) en el que Rossana Rossanda aborda una especie de “memoria del tiempo de la militancia”. En estas páginas se referencian las impresiones de su paso por nuestro país y de su contacto con la “oposición anti-franquista”. El libro de Rossanda será próximamente publicado en castellano en la colección “Cuestiones de Antagonismo” de la editorial Akal.



Tenía dudas sobre lo que estábamos haciendo, nosotros, miembros del PCI...Todas las dudas procedían del interior de nuestro horizonte. Y durante muchos años fueron dudas de aquéllas que no deprimen – no sentía la necesidad de venerar la autoridad – sino que ponen a funcionar la cabeza.

La primera duda tuvo que ver con el esquema antifascista. A principios de 1962 fui enviada a España para tomar contacto con los escasos miembros de la oposición pero en aquel viaje se marcharon también algunas categorías, de las que me había sentido segura. Me parecía obvio que el fascismo era la forma más brutal del capital productivo y financiero por lo que, ¿quién podría abatir a aquel viejo dictador malvado y paralizante si no la fuerza y las masas antifranquistas que estaban emergiendo de la larga opresión? Iba a verlo, llevando solidaridad y experiencia pero nada fue como lo había esperado. Nuestro fascismo había sido estruendoso hasta el final, mientras que aquí ese estruendo faltaba, el país estaba adormecido y silenciado. No

pude saber si la policía seguía mi rastro, tenía que evitar cualquier averiguación porque mis pasos habrían sugerido o confirmado algo. Los antifranquistas estaban muy cansados, estaban divididos y se fiaban muy poco de cualquier ayuda que pudiera venirles del mundo. De los muchos con los que me reuní, ninguno me recibió en su casa, sólo una vez en Barcelona y una en el País Vasco, y en ambos casos fue un desafío.

En Barcelona, un señor muy serio, dirigente de la Esquerra de Catalunya, me dijo con amargura: habéis tenido la suerte de tener la guerra y nos habéis olvidado. ¡La suerte! Ninguno de los españoles que encontré me ahorró aquel mensaje. Me decía que no sabían lo que había sido aquella guerra y al mismo tiempo, me di cuenta de que nosotros no asimilábamos bien lo que había sido aquella guerra civil que había dividido a hermanos y padres e hijos y los había anegado en un mar de sangre. Y había dejado una serie detallada de fichas y ficheros que salían a la luz con ocasión de tal o cual detención. ¡Dios!, la guerra civil había terminado en 1939 cuando teníamos la vista fija en la guerra sin adjetivos que caía sobre nosotros, pero para todos los que encontraba parecía que hubiera terminado la semana antes. Nosotros la habíamos alejado. ¿Quién se había ocupado otra vez de España después de 1939, excepto aquéllos que habían buscado un pasaje a través de ella para irse todavía más lejos, atravesando los Pirineos, esperando embarcarse, muriendo a veces o matándose antes de encontrarlo?. De aquella soledad había muerto Walter Benjamin. Y no era muy glorioso para el resto de Europa que algún judío hubiera podido huir a través de aquel país. No supimos nada ni siquiera de la guerrilla residual que perduró hasta 1949. Ni de la represión que no cesaba en un país minuciosamente vigilado. Durante la postguerra teníamos otras preocupaciones y ellos lo sabían muy bien. Y ahora la



Italia fanfaniana había empezado a colaborar con el gobierno de Franco, inclusive algunos brillantes economistas y sociólogos. Ni siquiera tenía claro qué era lo que inquietaba al régimen, al principio nadie me habló más que de un torpe envejecimiento. Ciertamente no se preveía ningún tipo de insurrección y no sólo porque el país estaba gobernado con una policía de hierro, sino porque nadie habría intentado una sublevación, ni siquiera si hubiese tenido la certeza absoluta de la victoria. Sólo entonces lo pude entender. Si alguien hablaba no era el pueblo, era tiempo de silencio como había titulado su libro Luis Martín Santos, médico y escritor que estando ya confinado en el País Vasco, podía permitirse escribir e incluso publicar.

En cuanto a los comunistas, algunos acababan de salir de la cárcel y todos estaban fuera de sí porque la *huelga general* pacífica que se venía preparando desde había tanto tiempo y que debía ser un gran acontecimiento, no había tenido ningún éxito, había sido un fracaso total. La dirección del partido en el exterior no lo admitía, mentía. Todo era objeto de división entre los comunistas, que estaban solos, dentro y fuera de las cárceles. El comunismo quedaba extremadamente lejano, incluso en la versión que yo prefería, como horizonte del movimiento presente. Porque no había ningún movimiento presente. Y el Partido comunista español en Moscú había perdido el pulso de su país.

A través de cuidadosos contactos, me reunía por todas partes con pequeños grupos antifranquistas, residuos o herederos de los años treinta y no llegaba a discernir si la gente normal también los veía o sólo los recordaba. Estaban escondidos, desconexos, llenos de desconfianza

unos hacia otros y todos hacia los comunistas por lo que, cuando me presentaba aquí y allá, omitía muchísimo de lo que era. Me daban citas indirectas, en el cruce de una calle o en un café apartado, no me llamaban por teléfono al hotel ni podía llamarles yo desde allí, salía con la *Guía azul* bajo el brazo y tenía que pasar por turista de modo que la policía no me pidiera la documentación. De lo que me decían todo me sorprendía, el recuerdo presente del pasado, el cuadro que se hacían del momento presente, el vacío ante sí. Excepto algunos demócrata cristianos, cuya consistencia no pude garantizar, y que también estaban divididos entre la derecha y una especie de fanatismo, llenos de esperanza de que el desarrollo del mercado común europeo provocaría la caída del régimen. A condición de que se mantuviera fuera a los comunistas. Me lo confirmó con calma y seguridad en su elegante estudio de abogado el viejo José María Gil-Robles, residuo de la Ceda.

Ciertamente el país no estaba al borde ni de una explosión ni de una desastrosa ruina. Tenía un aspecto polvoriento. Uno decía que la economía estaba despuntando, otro lo negaba. El hecho de que el consumo despuntara sugería que se daba un uso publicitario del lenguaje totalmente diferente del lenguaje soporífero del mundo oficial y de la iglesia (se publicitaba un lavavajillas con el slogan bucólico *Más tiempo para el amor*). A medida que iba introduciéndome en este mundo, me resultaba evidente que no sería aquel chapucero arco iris antifascista el que se sacaría de encima a Franco y al bloque de militares e iglesia y latifundistas y propietarios y capitanes de industria que lo habían acompañado y que se habían nutrido de él. Era desde su mismo interior que se percibía una especie de movimientos cautelosos por parte de Manuel Fraga Iribarne y que se lanzaba algún guiño hacia el exterior.

Me pareció sorprendente que fuese la base social del franquismo la que estaba decidiendo cambiar el régimen con ritmos lentísimos y con pasos casi inadvertidos. Hoy me pregunto porque la cosa me pareció tan dura de admitir teniendo en cuenta que las grandes potencias capitalistas habían contribuido a abatir el fascismo y el nazismo, cosa que sabía. Pero la Alemania de Hitler era expansionista mientras que la España de 1962 no lo era en absoluto. Franco había sido un zorro al mantenerse fuera del conflicto, sólo había matado a españoles que me miraban sin ningún deleite a mí, representante de la Europa antifranquista. No se puede dar de lado a un país durante veinte años y reencontrarlo tal como era cuando se decide volver a buscarlo.



Queda el hecho de que al cabo de un mes volví a Italia y le dije a Pajetta, muy excitado, que me había reunido con los antifranquistas, anarquistas incluidos, pero que no había ocurrido nada –o al menos nada de lo que habíamos imaginado como una reedición de lo que habíamos vivido. Me miró de lado, sin objetar nada– ciertamente a Giancarlo no le faltaba inteligencia. Pero pocos días después, en abril de 1962, estalló la huelga de Asturias y me llamó por teléfono burlándose de mí: lo ves cómo no has entendido nada. Y sin embargo no sucedió nada. Al menos no en nuestro campo.

Lo que iba a venir, vendría en conversaciones tranquilas y calculadas entre bancos y estados mayores. Y tardaría todavía trece o catorce años. Ocurrió que Franco se extinguió en su cama después de haber nombrado él mismo a su heredero, un rey por lo demás, ¡lo que faltaba! Era imposible que aquel rey criado en casa facilitase el *cambio*. Y sin embargo fue propiamente con él, con Juan Carlos de Borbón, con quien llegaron las *Cortes*, las elecciones, la libertad de prensa y todo; los comunistas salieron de la cárcel y su partido fue legalizado, aunque cada noche la puerta de sus sedes quedara repleta con múltiples pintadas de *asesinos*. Y todo llegó sin estrépito, sin que se pueda dar una fecha precisa. “No hubo un día de fiesta” me dicen algunos amigos, precisando que no por azar en España nunca se ha cortado la cabeza a un rey, son los súbditos lo que se han degollado entre sí.

Y ahora han pasado otros treinta años. ¿Está todo olvidado? No tanto. Hace apenas dos años que me encontraba en Madrid y en el parque del Retiro se había montado, sin demasiada publicidad, una primera exposición fotográfica de no muy grandes dimensiones sobre los fatales años treinta. Los madrileños se extrañaban de que hubiera colas tan largas para verla. Mientras que la película de Ken Loach, *Tierra y libertad*, que había provocado tantas lágrimas en el resto de Europa, había durado pocos días en las pantallas ante un público mudo. Al volver me angustiaba hacerme esta pregunta: si el fascismo puede transmutar sin traumas en una democracia, tal vez pueda suceder también lo contrario. Lo que resultaba todavía más embrollado por el hecho de que un pueblo, que se había desangrado en la generación precedente, tuviese horror a otro conflicto civil. Implicaba variantes que no estaban en mi organización mental... Sobre la capacidad de las clases dominantes para mudar de piel España me había sugerido algunas cosas.

